



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

[ciencia.ergosum@yahoo.com.mx](mailto:ciencia.ergosum@yahoo.com.mx)

Universidad Autónoma del Estado de México  
México

Quijano Hernández, Heber Sidney

El asombro entre líneas

Ciencia Ergo Sum, vol. 17, núm. 1, marzo-junio, 2010, pp. 106-107

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10412443015>

- [Cómo citar el artículo](#)
- [Número completo](#)
- [Más información del artículo](#)
- [Página de la revista en redalyc.org](#)



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



## El asombro entre líneas

Heber Sidney Quijano Hernández\*

\* Universidad Autónoma del Estado de México, México.  
Correo electrónico: heberquijano@hotmail.com

*Por el beso culpable de una santa,  
aceptaría yo la peste como bendición*

E. M. Cioran

**P**udo haber sido un lunes lluvioso como cualquiera o un martes nublado en el que casi te estrellas con la imprudencia del borracho al volante. Las casualidades son errores del destino, aunque siempre tengan un aire insolente, de emancipación al designio divino, una diabólica mueca de rebeldía. Ella entró como un relámpago con sus rizados torbellinos, negros y húmedos, mientras el huracán le seguía hasta la entrada del baño de mujeres. No recuerdo cómo se llamaba, pero sí la estela de lluvia en el piso. A pesar del tormentón y los cauces que su rastro dejaba en el piso, traía un semblante de agobio, como si la casualidad le hubiera jugado una mala broma o el destino se le viniera encima como una cascada. Pero su inocencia le congregaba el pudor en las mejillas, mientras me descubría persiguiéndola con la mirada, como sabueso tras la presa.

Sin embargo, era como cualquier día. Un miércoles nublado o un jueves en el que el tren se dislocó de sus rieles, desmembrando sus eslabones por las vértebras lumbares de la montaña. Preguntar por qué el vendaval no me estalló su relámpago en el ombligo o la causa por la que



Ilustración: Alejandro Ramírez

nos encontramos tan repentinamente, no importa. Tampoco su nombre. Bien podría ser el de una princesa purépecha recién descubierta por las manos sacrílegas de algún conquistador andaluz. O el de una virgen empalada por sodomizar sus mascotas en las cercanías de Reims. O el de alguna sofisticada dama dando con sus manos dátiles a las palomas que pliegan sus alas en las costuras del escote. O el de una princesa andrajosa vestida con alcatraces, cubriéndose el sexo con casablanco, llenas del rocío que abrevan los colibríes. Todavía su nombre se me enreda en los labios y los dedos cuando llueve.

Al salir del baño escondió la cabeza bajo la nublada cabellera, que escurría como las hojas de un sauce. En su rostro le saltaban tres lunares, como si hubiera escampado bajo sus párpados. Como afuera seguía lloviendo, la confronté con la temeridad de quien se enfrenta a un pelotón de soldados atado de las manos, como el niño que ha visto la aguja antes de la inyección. Ella me dio su número y anotó su nombre en un papel rugoso. Pero en un arranque de frenesí, y con mi torpeza proverbial, hice un mal movimiento. El agua de jamaica convirtió los símbolos de aquel pergamino en una indecifrable frase árabe. Parecía una bandada de petirrojos en celo en el horizonte. Sólo recuerdo su número como una borrosa imagen de marineros que usan drabas para curar el escorbuto.

Consciente de mi ineptitud, ensayé en el teléfono una escala infinita de variables a partir de los únicos cuatro números legibles con certeza. A la cuadragésimo tercer variable del hola-soy-rodrigo-te-conocí-ayer,-¿me recuerdas?, conseguí la respuesta afirmativa. Acordamos una emboscada de tazas de café agriamente diurético, pero no me atreví a preguntar su nombre. El balón estaba en mi cancha y todavía mis manos tienen

descargas en sus electrodos dactilares, en la oreja de la taza, en la entrada del cine, en la pista de baile, en el vaso de cerveza, en la perilla de mi cuarto. Ella cernía su relámpago con la ansiedad de las gotas de lluvias que se atrasan dramáticamente en la cosecha. La noche nos descubrió la Vía Láctea sobre sus rizos, que me dejaron cometas en mi frente, mientras se abrasan drásticamente los ocotes en el sillón.

Al terminarnos nuestros cafés dejamos las sábanas revueltas y con un aroma que aún me sigue, como fiel sabueso, por las insípidas calles de la ciudad. Al primer grito del sol, ella me rodeaba el cuello con esas luces de fósforos de sus brazos. Eran delgados, fantasmagóricos, se irisaban hasta la escápula y el omóplato entre luciérnagas y fuegos fatuos. A veces temblaba cuando el frío se le escurría bajo la falda o entre su blusa y los desgastados jeans, como las ventiscas entre las grietas de las ventanas mal cerradas que nos estremecen en

las noches de soledad y lluvia, nos provocan un escalofrío y nos insinúan diablos, duendes y brujas que asan dragones y mandrágoras en sus comales.

Cada quien tuvo el tiempo para inventar a sus muertos, a sus espectros y demonios. Pero me descarrilé. Nadie oyó el disparo ni quedaron casquillos en el piso. Para la cuadragésimo cuarta humedad, la espiral del infinito me confirmó que las paralelas no se intersectan. Perdí en la lotería del directorio telefónico de una ciudad que apenas escampa al alba. Del otro lado del teléfono se volvió incómodo descifrar los silencios. El margen de error es siempre tan grande, un pajar en una aguja. Quizá tengamos tiempo alguna vez, en otro vendaval, ¿no crees?, me respondió el verano pasado sin mirarme a los ojos. Por el callejón aún bramaban los sabuesos hambrientos de su aroma. Entonces le dije: ¡jala el gatillo! El destino es un error de la casualidad y la suerte está echada.

CDJAP



Ilustración: Alejandro Ramírez